

VIII.

tro y fuera de nuestra España, y para que mas lo crean, repi-  
tales con el divino Canario (Iriarte):

*A todos y á ninguno  
Mis advertencias tocan:  
Quien las siente se culpa,  
El que no, que las oiga.  
Y pues no vituperan  
Señaladas personas,  
Quien haga aplicaciones  
Con su pan se lo coma.—Fáb. I.*

Diciendo esto se fué el Conocimiento (porque era el *Cono-*  
*cimiento universal*), añadiendo que estaba haciendo falta en al-  
gunas partes, y yo tomé la pluma y escribí nuestra conversa-  
cion, para que vd., amigo Lector, haga boca y luego siga le-  
yendo la historieta del famoso *Periquillo*.



**VIDA Y HECHOS**

DE

**PERIQUILLO SARNIENTO,**

escrita por él

**PARA SUS HIJOS.**

**CAPITULO I.**

Escribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables.

**C**ON qué constancia no está la gallina lastimándose el pe-  
cho veinte dias sobre los huevos! Cuando los siente anima-  
dos, ¡con qué prolijidad rompe los cascarones para ayudar á  
salir á los pollitos! Salidos estos, ¡con qué eficacia los cuida!  
¡con qué amor los alimenta! ¡con qué ahinco los defiende! ¡con  
qué cachaza los tolera, y con qué cuidado los abriga!

Pues á proporcion hacen esto mismo con sus hijos la gata,  
la perra, la yegua, la vaca, la leona y todas las demás madres  
brutas. Pero cuando ya sus hijos han crecido, cuando ya han  
salido (digámoslo así) de la edad pueril, y pueden ellos buscar  
el alimento por sí mismos, al momento se acaba el amor y el  
chiqueo, y con el pico, dientes y testas, los arrojan de sí para  
siempre.



No así las madres racionales. ¡Qué enfermedades no sufren en la preñez! ¡Qué dolores y á qué riesgos no se esponen en el parto! ¡Qué achaques, qué cuidados y desvelos no toleran en la crianza! Y despues de criados, esto es, cuando ya el niño deja de serlo, cuando es jóven y cuando puede subsistir por sí solo, jamás cesan en la madre los afanes, ni se amortigua su amor, ni fenecen sus cuidados. Siempre es madre, y siempre ama á sus hijos con la misma constancia y entusiasmo.

Si obraran con nosotros como las gallinas, y su amor solo durara á medida de nuestra infancia, todavía no podíamos pagarlas el bien que nos hicieron, ni agradecerlas las fatigas que les costamos, pues no es poco el deberlas la existencia fisica y el cuidado de su conservacion.

No son ciertamente otras las causales porque nos persuade el Eclesiástico nuestro respeto y gratitud hácia los padres. *Honra á tu padre, dice en el cap. 7.º, honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que si no fuera por ellos no existieras, y pórtate con ellos con el amor que ellos se portaron contigo.* Y el santo Tobías el viejo le dice á su hijo: *Honrarás á tu madre todos los dias de tu vida, debiéndote acordar de los peligros y trabajos que padeció por tí cuando te tuvo en su vientre.* Tob. cap. IV.

En vista de esto, ¿quién dudará que por la naturaleza y por la religion estamos obligados no solo á honrar en todos tiempos, sino á socorrer á nuestros padres en sus necesidades y bajo culpa grave?

Digo en todos tiempos, porque hay un abuso entre algunas personas, que piensan que en casándose se exoneran de las obligaciones de hijos, y que ni se hallan estrechadas á obedecer ni respetar á sus padres como ántes, ni tienen el mas mínimo cargo de socorrerlos.

Yo mismo he visto á muchos de éstos y éstas que despues de haber contraído matrimonio, ya tratan á sus padres con

cierta indiferencia y despego que enfada. No (dicen) ya estoy emancipado, ya salí de la patria potestad, ya es otro tiempo: y la primera accion con que toman posesion de esta libertad es con chupar ó fumar tabaco delante de sus padres \*. A seguida de esto, les hablan con cierto entono, y por último, aunque estén necesitados no los socorren.

Cuanto á lo primero, esto es, cuanto al respeto y la veneracion, nunca quedan los hijos eximidos de ella, sea cual fuere el estado en que se hallen colocados, ó la dignidad en que estén puestos. Siempre los padres son padres, y los hijos son hijos; y en estos léjos de vituperarse, se alaba el respeto que manifiestan á aquellos. Casado y rey era Salomon, y bajó del trono para recibir con la mayor sumision á su madre Betsabé: lo mismo hizo el señor Bonifacio VIII con la suya, y hace todo buen hijo, sin que estas humillaciones les hayan acarreado otra cosa que gloria, bendiciones y alabanzas.

Por lo que toca al socorro que deben impartirles en sus necesidades, aun es mas estrecha la obligacion. No se escusa la muger, teniéndolo, con decir: mi marido no me lo da; pedirselo, que si él fué buen hijo, él lo dará; y si no lo diere, economizarlo del gasto y del lujo; pero que haya para galas, bailes y otras estravagancias, y no haya para socorrer á la madre, es cosa que escandaliza: bien que apenas cabe en el juicio que haya tales hijas.

---

\* El fumar no es malo, es un vicio de los tolerables, y aunque él por sí es muchas veces pernicioso á la salud y gravoso á la bolsa, ya la costumbre lo tiene favorecido; pero ¿el chupar delante de los padres? Tampoco es malo: es tan lícito como delante de los que no lo son. Ningun padre se escandalizará si ve que su hijo toma polvos en su presencia; mas con todo eso, la misma costumbre que sufre que se tome tabaco aun en la iglesia, por las narices, no lo tolera por la boca, ni delante de los padres y superiores. Ello es una preocupacion, pero pasadera, y con la que probamos nuestro respeto á algunas personas y lugares.



Mas frecuentemente se ve esto en los hombres, que luego dicen: ¡oh! yo socorriera á mis padres; pero soy un pobre, tengo muger é hijos á quienes mantener, y no me alcanza. ¡Hola! Pues tampoco esa es disculpa justa. Consulten á los teólogos, y verán cómo están en obligacion de partir el pan que tengan con sus padres; y aun hay quien diga \* que en caso de igual necesidad, bajo de culpa grave primero se ha de socorrer á los padres que á los hijos.

No favorecer á los padres en un caso extremo, es como matarlos: delito tan cruel, que asombrados de su enormidad los antiguos, señalaron por pena condigna á quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran á la mar, para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¡Pues cuántos cueros se necesitarán para enfardelar á tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades! En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mio; porque no solo no socorrí á mi madre, sino que le disipé aquello poco que mi padre le dejó para su socorro.

¡Qué caso! De las cinco reglas que me enseñaron en la escuela, unas se me olvidaron enteramente con la muerte de mi padre, y en otras me ejercité completamente. Luego que se acabaron los medicillos y se vendieron las alhajas de mi madre, se me olvidó el *sumar*, porque no tenia qué: *multiplicar* nunca supe; pero *medio partir* y *partir por entero*, entre mis amigos, y las amigas mías y de ellos, todo lo que llegaba á mis manos, lo aprendí perfectamente; por eso se acabó tan pronto el principalito; y no bastó, sino que siempre quedaba *restando* á mis acreedores, y sacaba esta cuenta de memoria: quien debe á uno cuatro, á otros seis, á otro tres, &c., y no les paga, les debe. Eso sabia yo bien, deber, destruir, aniquilar,

\* Santo Tomas,

endrogar y no pagar á nadie de esta vida; y estas son las cuentas que saben los perdidos de *pe á pa*. Sumar no saben porque no tienen qué: multiplicar, tampoco, porque todo lo disipan; pero restar á quien se descuida, y partir lo poco que adquieren con otros haraganes petardistas que llaman sus amigos, eso sí saben como el mejor, sin necesitar las reglas de aritmética para nada. Así lo hice yo.

En estas y las otras, no quedó en casa un peso ni cosa que lo valiera. Hoy se vendia un cubierto: mañana otro: pasado mañana un nicho; otro dia un ropero; hasta que se concluyó con todos los muebles y menage. Despues se siguió con toda la ropita de mi madre, de la que breve dieron cuenta en el Montepio y en las tiendas, pues como no habia para sacarla, todas las prendas se perdieron en una bicoca.

Es verdad que no todo lo gasté yo, algo se consumió entre mi madre y nana Felipa. Eramos como aquel loco de quien refiere el padre Almeida \* que habia dado en la tontera de que era la Santísima Trinidad, y un dia le preguntó uno ¿que cómo podia ser eso andando tan despilfarrado y lleno de andrajos? A lo que el loco contestó: *¡qué quiere vd.? si somos tres al romper*. Así sucedia en casa, que éramos tres al comer y ninguno al buscar. Bien, que cuando hubo, yo gastaba y tiraba por treinta, y así á mí solo se me debe echar la culpa del total desbarato de mi casa.

La pobre de mi madre se cansaba en persuadirme solicitara yo algun destino para ayudarnos; pero yo en nada menos pensaba. Lo uno, porque me agradaba mas la libertad que el trabajo, como buen perdido, si acaso hay perdidos que sean buenos; y lo otro, porque ¿qué destino habia de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título huecó de bachiller en ar-

\* Recreac. Filos. Tom. 4. ° Tarde 19.



tes, que para mí montaba tanto como el de conde ó marques?

Al pié de la letra se cumplió la prediccion de mi padre; y mi madre entónces, á pesar de su cariño, que nunca le faltó hácia mí, conoció cuánto habia errado en oponerse á que yo aprendiese algun oficio.

El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiero decir, el saber algun arte ya mecánico, ya liberal, jamás es vituperable, ni se opone á los principios nobles, ni á los estudios ni carreras ilustres que estos proporcionan; ántes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza mas ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entónces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo.

La deshonra, dice un autor que escribió casi á fines del siglo pasado \*, la deshonra ha de nacer de la ociosidad ó de los delitos; no de las profesiones. Todos los individuos del cuerpo político, deben reputarse en esta parte hijos de una familia.

¿Qué hubiera sido de Dionisio, rey de Sicilia, cuando habiendo perdido el reino y andando prófugo é incógnito por sus tiranías, no hubiera tenido alguna habilidad para mantenerse? Hubiera perecido seguramente en las garras de la mendicidad, ya que no en las manos de sus enemigos; pero sabia leer y escribir, bien sin duda, pues emprendió ser maestro de escuela, y con este ejercicio se mantuvo algun tiempo.

¿Qué suerte hubiera corrido Aristipo si cuando aportó á la isla de Rodas, habiendo perdido en un naufragio todas sus riquezas, no hubiera tenido otro arbitrio con que sostenerse por sí mismo? Hubiera perecido; pero era un excelente gémetra, y conocida su habilidad, le hicieron tan buen acogimiento los isleños, que no estrañó ni su patria ni sus riquezas; y en prueba de esto les escribió á sus paisanos estas memorables razones: *dad á vuestros hijos tales riquezas que no las pier-*

\* El Lic. D. Francisco Xavier Peñaranda en su „Sistema económico y político mas conveniente á España.”

*dan aun cuando salgan desnudos de un naufragio.* ¡Qué, bien tocaba este consejo á muchas madres y á muchos noblecitos!

Si uno de nuestros abogados, teólogos y canonistas arribara náufrago á Pekin ó Constantinopla ¡hallára que comer con su profesion? No; porque en esas capitales ni reina nuestra religion, ni rigen nuestras leyes; y así, si no sabia coser una camisa, tejer un jubon, hacer unos zapatos ó cosa semejante con sus manos, sus conclusiones, argumentos, sistemas y erudicion le servirian tanto para subsistir, como á un médico sus afovismos en una isla desierta é inhabitable.

Esta es una verdad; pero por desgracia el abuso que contra ella se comete es casi general en los ricos, y en los que se tienen por de la sangre azul.

Dije *casi*, y dije una bobera: sin casi. Es abuso generalísimo, y tanto que está apadrinado por la vieja y grosera preocupacion de *que los oficios envilecen al que los ejercita*, y de este error se sigue otro mas maldito, y es aquel desprecio con que se ve y se trata á los pobres oficiales mecánicos. Fulano es hombre de bien; pero es sastre: citano es de buena cuna; pero es barbero: mengano es virtuoso; pero es zapatero. ¡O! ¿Quién le ha de dar el lado? ¿Quién lo ha de sentar á su mesa? ¿Ni quién lo ha de tratar con distincion ni aprecio? Sus cualidades personales lo recomiendan, pero su oficio lo abate.

Así se esplican muchos, á quienes yo diria: señores, *si no tuviérais riquezas ni otro modo de subsistir sino de hacer zapatos, coser chaquetas, aparejar sombreros, &c.* no es verdad que entónces renegariais de los ricos que os trataran con la necia vanidad con que ahora tratais vosotros á los menestrales y artesanos? Eslo sin duda.

Y si por un caso imposible, aun siendo ricos, si un dia se conjuraran contra vosotros todos estos, y no os quisieran servir á pesar de vuestro dinero, ¿no andarias descalzos? Sí, porque no sabeis hacer zapatos. ¿No andariais desnudos y muer-



tos de hambre? Sí, porque no sabeis hacer nada para vestiros, ni cultivar la tierra para alimentaros con sus frutos.

Con que si en la realidad sois unos inútiles, por mas que desempeñeis en el mundo el papel de los actores de aquella comedia titulada: *Los hijos de la fortuna*, ¿por qué son esas altiveces, esos dengues, y esos desprecios con aquellos mismos que habeis menester y de quienes depende vuestra brillante suerte?\* Si lo haceis porque son pobres los que se ejercitan en estos oficios para subsistir, sois unos tiranos, pues solo por ser pobres mirais con altivez á los que os sirven, y quizá á los que os dan de comer \*\*: y si solamente lo haceis así ó los tratis con este modo orgulloso porque viven de su trabajo, á mas de tiranos, sois unos necios; y si no, pregunto: vosotros ¿de qué vivis? Tú, minero; tú, hacendero; tú, comerciante; te murieras de hambre y perecieras entre la indigencia si Juan no trabajara tu mina, si Pedro no cultivara tus campos, y si Antonio no consumiera tus géneros, todos á costa del sudor de sus rostros, mientras tú, hecho un holgazán, acaso, acaso no sirves sino de escándalo y peso á la república.

Así hablara yo á los ricos soberbios y tontos †, al mismo tiempo que á vosotros, ó pobres honrados ‡, os alentara á sufrir sus improperios y baldones, á resignaros en la divina Providencia y á continuar en vuestros afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio vil como el hombre no lo sea;

\* Es constante que los pobres son feudatarios de los ricos y los que aumentan sus riquezas.

\*\* Los miserables jornaleros que cultivan las haciendas, los operarios que trabajan las minas, y los artífices que labran los tejidos, &c. dan de comer y sostienen el lujo de los ricos.

† Con esos se habla.

‡ A esos se dirige el apóstrofe; no á los pobres viciosos, pues á estos si los ultrajan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro á mas de pobre es gran desgracia.

ni hay riqueza ni distincion alguna que descargue de las notas de necio ó vicioso á quien las tiene.

¿Cuántas veces irá un hombre lleno de ignorancia ó de delitos dentro del dorado coche que hace estremecer vuestros humildes talleres? ¿Y cuántas la salsa que sazona los pichones y perdices de su mesa será la intriga, el crimen y la usura, mientras que vosotros comeis con vuestros hijos y con una dulce tranquilidad tal vez una tortilla humedecida con el sudor de vuestra frente?

No son, hijos míos, los oficios los que envilecen al hombre (no me cansaré de repetir esta verdad); el hombre es el que se envilece con sus malos procederés: ni menos es estorbo la pobre cuna, ni las artes mecánicas para lograr entre los aprecioadores del mérito, el lugar que uno se sepa merecer con su virtud, habilidad y ciencia. Buenos testigos de esta verdad son tantos ingeniosos poetas, diestros pintores, excelentes músicos, escultores insignes y otros habilísimos profesores de las artes ya liberales, ya mistas, á quienes el mundo ha visto visitados, enriquecidos y honrados por los pontífices, emperadores y reyes de la Europa. Prueba clara de que el mérito distinguido y la sobresaliente habilidad no solo no es barrera que imposibilita los honores; sino que muchas veces es el iman que los atrae hácia sus profesores. Ya se ha dicho en esta misma obrita que Sixto V. antes de gobernar la Iglesia católica como pontífice, fué porquerizo \*. Ejemplar que vale por otros muchos

\* Este pontífice nació en un pueblo en la marca de Ancona á 13 de diciembre de 1521. Fué su padre un pobre labrador, como dice Moreri, ó viñadero, como dice el autor del Diccionario de hombres ilustres: llamado Peretti y su madre Mariana. Cuidaba puercos ó lechones, y pasando un religioso franciscano por donde él estaba, ignorando el camino, lo llevó de guía, y enamorado de la agudeza de sus respuestas lo condujo á su convento. A poco tiempo tomó el hábito de la orden seráfica, y correspondiendo sus ascensos á su aplicacion y talento, logró sentarse en la silla



que recuerdan las historias eclesiástica y profana. Bien que la vanidad ha hecho que en nuestros dias no sean estos ejemplos muy comunes.

Pero es menester decirlo todo. No sé si es mas admirable ver á un hombre elevarse desde la basura á un puesto alto, ó ver á otros que colocados en él, no olviden la humildad de sus principios. Yo creo que esto así como es lo mas justo, así es lo mas difícil, atendida la soberbia humana; y siendo lo mas difícil de suceder, debe ser lo mas admirable.

Que un hombre pase del estado de pobre al de rico: del de plebeyo al de noble: y del de pastor al de rey, como se ha visto, puede ser efecto de la casualidad en la que el mismo hombre no tiene parte; pero que viéndose encumbrado sobre los demás, léjos de ensoberbecerse ni endiosarse, se manifieste humano, afable y cortés con sus inferiores, acordándose de lo que fué, esto sí es admirable, porque prueba una grande alma ca-

de S. Pedro. Restableció á la pureza de su origen la edicion de la Vulgata (Biblia): canonizó á S. Diego, religioso franciscano español: agregó á los DD. de la Iglesia á S. Buenaventura: mandó celebrar la fiesta de la presentacion de la Santísima Virgen: hizo muchas otras cosas excelentes. En tiempo de una grande hambre que padeció Roma, por cuya causa hubo una sublevacion, construyó varios edificios, abrió algunos caminos, y promovió el famoso templo ó Cúpula de S. Pedro, que se creia inacabable, en la que mantuvo diariamente á 600 operarios. Ultimamente, erigió un obelisco en la plaza de S. Pedro de 72 piés de altura. No solo este Pontífice fué de humilde y pobre ascendencia. Sin nombrar á S. Pedro, S. Dionisio, Juan XVIII, Dámaso II, Nicolas I y otros se cuentan de oscuro linage. Adriano IV y Alejandro V de niños se alimentaron de limosna: Urbano IV fué hijo de otro porquerizo: Benedicto XI fué hijo de una lavandera de paños: Benedicto XII hijo de un molinero, &c. (véase la historia de los Pontífices.) Lo que prueba bien que ni lo oscuro del nacimiento ni la última miseria obstan para lograr los empleos mas honoríficos, cuando la ciencia y la virtud hacen á los hombres dignos de ellos,

Tomo 2.<sup>o</sup>

EL PERIQUILLO.



...necen  
precia á los  
plo mas exe-  
una soberbia

es testigo de  
englonas di-  
hermana la  
me cono.



bable, en  
gió un obelisco  
te Pontífice fu  
dro, S. Dionisio  
de oscuro linag  
de limosna: Un  
hijo de una lav  
(véase la histo  
ro del nacim  
honoríficos  
ellos,

paz de tener á raya sus pasiones en cualquier estado de vida; lo que no hace el hombre muy fácilmente.

Lo comun es que vemos infinitos que nacieron ricos y grandes, y estos son orgullosos y altivos por naturaleza, esto es: así vieron el manejo de sus casas desde sus primeros días: la lisonja les meció la cuna, y respiraron la vanidad con el primer ambiente. Heredaron, por decirlo de una vez, la nobleza, el dinero, los títulos, y con esto la altivez y la dominacion que ejercitan con los que están debajo de ellos.

Esto es malo, malísimo; porque ningun rico debe olvidarse de que es hombre, ni de que es semejante al pobre y al plebeyo; sin embargo, si se pueden disculpar los vicios, parece que la soberbia del rico merece alguna indulgencia si se considera que jamás ha visto la cara á la miseria, ni le han faltado lisonjeros que lo anden incensando á todas horas de rodillas. Es menester ser un Alejandro para no caer en la tentacion de dejarse adorar como Nabuco.

Pero los pobres que nacieron entre los terrones de una aldea ó mísero pueblecico: que sus padres fueron unos infelices, y sus primeros refajos unas mantas: que así se criaron y así crecieron luchando con la desdicha y la indigencia: no solo ignorando los écos de la adulacion, sino familiarizándose con los desprecios; estos, digo, ¿por qué si á la Providencia le place elevarlos á un puesto brillante, al momento se desvanecen y se desconocen hasta el punto no solo de menospreciar á los pobres, no solo de no socorrer á sus parientes, sino ¡lo mas execrable! de negar su estirpe enteramente? Esta es una soberbia imperdonable.

No son éstas ficciones de mi pluma; el mundo es testigo de estas verdades. ¡Cuántos al tiempo de leer estos renglones dirán: mi hermano el doctor no me habla: otros, mi hermana la casada no me saluda: otros, mi tío el prebendado no me conoce, y así muchos!